



NÚMERO 807

30 DE NOVIEMBRE DE 1914

AÑO XXXI

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 á 3.—Trajes sastre

SUMARIO

TEXTO. — Explicación de los suplementos. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — El experimento del doctor Heidegger. — Pensamientos. — La huérfana de Dordrecht, por M. Filiberto de Audeband (continuación). — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 a 3. Trajes sastre. — 4. Mantelería para desayuno. — 5 a 10. Vestidos y abrigos para niñas de 8 a 12 años. — 11 a 15. Trajes de desposada y de ceremonia.

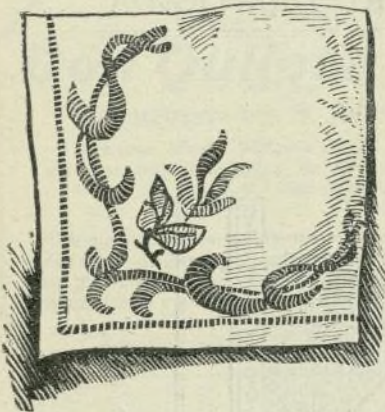
HOJA DE PATRONES NÚM. 807. — Varias prendas diferentes.

HOJA DE DIBUJOS NÚM. 807. — Diversos y variados dibujos.

FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de calle.

EXPLICACIÓN DE LOS SUPLEMENTOS

1. HOJA DE PATRONES NÚM. 807. — Cuatro prendas lujosas. Véanse los grabados y explicaciones en la misma hoja.
2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 807. — Diversos dibujos.



4.—Mantelería para desayuno, bordada a punto de Moldavia

3. FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes para comida: coselete drapado formando puntas, en terciopelo de seda flexible; corpiño y túnica de velo de seda; encaje de Malinas alrededor del escote; el mismo, velado, usado como transparente. Tiras de marta cebellina o skungs alrededor del escote y en el borde de la túnica.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 a TRAJES SASTRE.

I. *Traje* de terciopelo de lana color azul marino; la chaqueta, de forma muy nueva, está cortada de modo que forma pliegues en los costados. El chalequillo que sobresale del delantero de la chaqueta es de otomano azul marino, bordado de trencilla negra gruesa. Tira de zorro gris en el cuello y las mangas; botones dorados. Sombrero de castor blanco, adornado con una gran ave del paraíso negra.

II. *Traje* de terciopelo asargado (labrado de cordoncillo) color violeta; falda con amplia túnica, atada con una faja de terciopelo negro; escote terminado con un grueso cabujón de azabache negro. Pequeño fichú de muselina crema; tira de skungs. Toquilla adornada con pensamientos de gran tamaño.

III. *Traje* de terciopelo color cabeza de negro. Este traje con chaqueta está muy indicado para visitas. Falda ligeramente fruncida debajo de la faja alta, color rubí, que queda al descubierto por delante. Asimismo es de liberty rubí el lacito del cuello. Tira de marta cebellina alrededor del cuello y de las mangas. Sombrero de terciopelo que case bien, adornado de una gran rosa color de rubí.

4. MANTELERÍA PARA DESAYUNO. — El bordado de esta bonita labor se hace con punto de Moldavia, que tanto éxito viene obteniendo por la facilidad y rapidez con que se ejecuta.

El oro de las hojas se destaca deslumbrador sobre los tallos, cuyo color verde oscuro hace resaltar el dibujo amarillo de la planta sobre el fondo liso del lienzo de la tela rusa.

Reproducimos la mitad del mantel, así como una servilleta, a reducido tamaño. A estos dibujos pueden darse las dimensiones deseadas. Las de nuestro modelo están calculadas en 0,60 cm. de largo para el mantel y 0,30 cm. en cuadro para cada servilleta.

5 a 10. VESTIDOS Y ABRIGOS PARA NIÑAS DE 8 A 12 AÑOS

I. *Vestido* de jerga roja, guarnecido de bieses, botones y faja de seda negra. Falda plegada, dejando un pequeño delantero liso. Cuello de linón lavable.

II. *Traje* de crespón de China color azul celeste; túnica y chaleco con pliegues; botones de cristal; faja de terciopelo negro.

III. *Vestido práctico*, de gabardina azul marino; cinturón de cuero blanco; canesú de otomano blanco, bordado de galón azul marino, de fondo blanco.

IV. *Abrigo* de tejido inglés gris, doble cara: la parte interna es de color azul viejo; cuello del mismo color; forma esclavina, muy práctica.

V. *Abrigo* de terciopelo de lana color caqui; manga forma raglán; faldón muy ancho.

VI. *Vestido* de faille color rosa viejo. Falda, cuello y puños

bordados de galón de seda color crema. Faja y corbata de terciopelo rosa viejo, de un tono algo más oscuro que el vestido. 11 a 15. TRAJES DE DESPOSADA Y DE CEREMONIA.

I. *Traje* de jerga de seda de color tornasolado verde amaranto. Lazadas en el delantero del corpiño y de la túnica, de cintas del mismo tono. Tira de marta al cuello; faja de terciopelo mordoré del color de la piel.

II. *Traje para doncella de honor*, de crespón rosa pálido; larga túnica adornada de dos volantes de muselina de seda, ligeramente plegados, montados en una tirita de marta cebellina; faja de terciopelo del color de la piel.

III. *Traje de novia*, de charmeuse flexible. Larga túnica plegada de velo de seda, así como las mangas y el escote; guir-



nalda de flor de azahar, que baja desde el hombro a la cintura.

IV. *Traje para señora de edad*, de terciopelo de seda negro; chalequito de encaje Chantilly negro, montado sobre tul blanco; ancha tira de zorro como adorno. Es adecuado para la madre de la novia.

V. *Traje de señora joven*, de raso color granate (vino de Burdeos), adornado de cintas de terciopelo azul oscuro.

CRÓNICA DE LA MODA

La insigne escritora Dora Melegari ha publicado en la *Nuova Antologia* un trabajo acerca de lo que opinan los hombres de las mujeres, trabajo del que recogemos las notas más interesantes. Si los hombres se equivocan al juzgar a la mujer, no se equivocan menos las mujeres al juzgar al hombre. Ellas lo consideran subjetivamente, por sus relaciones con el bello sexo. El hombre se ha formado, respecto a la mujer, un código de moral especial: faltar a su palabra a otro hombre equivale al deshonor; faltar a una mujer es un juego amable que el público masculino aplaude y contra el que ni siquiera las víctimas se revuelven. Gracias a ese modo subjetivo de juzgar, hay siempre en el espíritu de la mujer cierto fondo de desprecio al hombre, desprecio que está en razón directa de la degradación de la mujer; pues cuanto más caída está la mujer, mayor es su desprecio al hombre. Son rarísimas las mujeres que juzguen a los hombres sin prejuicios unilaterales. No hay más que un remedio eficaz para hacer desaparecer el mutuo error: la educación mixta. Cuando la mujer, dejando de ver en el hombre sólo al seductor, al amante, al novio o al posible marido, empiece a conocer sus defectos y sus cualidades, será más serena en sus juicios sobre su compañero.

Cuando un espíritu imparcial escucha a las mujeres hablar en la intimidad de los hombres, se siente generalmente sorprendido por la ligereza y subjetividad de sus juicios, basados en los más deleznable argumentos. Es un hábito mental propio de las mujeres el referirlo todo a sí mismas; de ordinario no fundan sus amistades en los méritos o en el carácter, sino en la amabilidad con que se las trata; el mayor pecador, si las muestra su admiración o deferencia, consigue fácilmente hacerse perdonar, si es que sólo ha pecado contra otras mujeres. En general, no ven en el hombre un ser destinado a realizar su propio destino, sino una criatura que ha venido al mundo para adorarlas, protegerlas y servirles.

Si las mujeres no encuentran alientos en el hombre cuando se trata de desarrollar sus más nobles cualidades, tampoco el hombre suele encontrar en la mujer una inspiradora que le incite a elevarse. La mujer pertenece por instinto a la escuela empírica, y no ve en todo sino los resultados aparentes y prácticos: el dinero, la posición, los honores. Eso es lo que más aprecia, y a quien se lo sabe proporcionar es al que más estima; rara vez va más allá, y la integridad del carácter la interesa poco en general. En cuanto al poco aprecio que el hombre hace de las opiniones de la mujer, es humillante, pero merecido; pues la mujer cree que el hablar infantilmente es un atractivo, y se equivoca.

El hombre continúa viendo en la mujer un ser frívolo que en esta fiera lucha por la existencia en que hoy vivimos no tiene tiempo de estudiar.

La mujer, por su parte, se irrita al no encontrar ya en el hombre el adorador esclavo de que le hablan las novelas de otro tiempo; quiere reconquistarlo y tenerlo a sus plantas, y este deseo es vano, porque los ociosos disminuyen cada vez más, y para dedicar largas horas al culto de la mujer hacen falta haras superfluas que la vida moderna no concede. Hoy las mujeres tienen que conquistar al hombre de otro modo.

CONSEJOS ÚTILES

Uno de esos intrépidos viajeros noeteamericanos que recorren América a pie y a caballo de un extremo a otro, explorando los Andes, encontró entre los restos de las antiguas tribus de la parte que corresponde a Chile, una en la cual había numerosos individuos de una edad muy avanzada, pero fuertes y robustos, marchando sin fatiga cual los jóvenes. Interrogó a alguno de ellos y le hablaron de sucesos de los tiempos en que los españoles abandonaron aquellos países.

Esto no le sorprendió al saber el refrán común entre los indios de los Andes, que dice «Cuando el indio envejece, el español perece».

Un día, hablando con uno de ellos, le preguntó por qué allí envejecían tanto. «¿No hay aquí enfermedades?», les preguntó. «Sí, señor, le respondió el indio; pero tenemos el «Sambar». En seguida que uno de nosotros se siente malo con fiebre, toma el «Sambar». — «Y ¿cómo se toma?», repuso el americano. — «Señor, le dijo el indio, aquí lo tenemos seco y en polvo, y lo mascamos, o lo mezclamos con agua, o con algún otro líquido, y lo bebemos, Y si hay úlceras, o pústulas en la piel o tumores, lo aplicamos en polvo o en cataplasma.»

«Y esto os cura», añadió el americano sonriendo.

«Siempre, señor», respondió el indio. «Antes de los cuatro días la enfermedad desaparece, y a veces al primer día.»

El norteamericano (George Bright), que tenía estudios de medicina y además era un buen botánico, sin dar crédito a lo que le contaba el indio, quiso experimentarlo por sí mismo. A este fin hizo entregar polvo de la planta y planta seca, y además que le indicaran dicha planta en el sitio del monte donde crecía. Se trasladó allí y la clasificó, resultando ser una planta caliciflora de la familia de las «Onagráceas», del género «Enotera», especie «dentata»; planta anual, de hojas alternas, pequeñas, lanceoladas, dentadas, de flores azules cuatripetalas, «octandria monoginia» (Linneo), cuyas semillas son aovadas y pequeñísimas. Crece en los Andes del lado de Chile, y parece extenderse por el Brasil. Su virtud reside en las hojas especialmente. Dicho americano continuó su viaje, dando poco crédito al relato de los indios; pero una vez en el Brasil vióse atacado de una violenta fiebre infecciosa y quiso probar dicha planta, de la cual llevaba algunos kilos en hojas y en polvo. Mezcló el polvo, en cantidad de unos gramos, con vino y lo tomó; a las diez horas la fiebre había ya menguado, bajando la temperatura. Tomó dos dosis más, y antes de las veinticuatro horas estaba ya curado, continuando al siguiente día su viaje.

A partir de esto, lo ensayó en varias personas atacadas de fiebres palúdicas y en una aldea invadida por la viruela negra. El resultado fué el mismo. Probólo en individuos cubiertos de úlceras escrofulosas y también vió que se cicatrizaban a los pocos días de aplicárseles una cataplasma de dichas hojas.

Dicho viajero, al llegar a la América del Norte, comunicó el hallazgo, y hoy se han instalado varias clínicas (1) para observar los efectos de dicho vegetal. A lo que parece, obra con gran energía contra toda enfermedad infecciosa producida por microbios patógenos, curando la fiebre amarilla, el tífus, hasta en su último período; las fiebres intermitentes palúdicas, las llamadas de Malta (o de Barcelona), que resisten todo tratamiento; la viruela, la escarlatina, la urticaria y el sarampión,

(1) *Medical Review of Chicago.*



5 a 10.—Vestidos y abrigos para niñas de 8 a 12 años

con la particularidad de que la viruela no deja hoyos en la piel y en el sarampión desaparecen las manchas como si se cerraran dentro, pero sanando el enfermo. Afirman de América que corta la fiebre puerperal, modificando en sentido favorable la tisis cuando los tubérculos no están en estado de supuración. Se están haciendo experimentos en casos de cáncer y escorbuto.

Dicha planta ha sido analizada. Contiene un aceite esencial aromático, de un aroma agradable, diferente de los conocidos, así como un principio cristalizante (que debe ser un alcaloide), también diferente de todos los que registra hoy la Medicina. No es ni quinina, ni cinconina, ni cocaína, ni ningún otro por el estilo. Es muy amargo, pero de un amargor franco y agradable. Además tiene un principio extractivo resinoso, de color pardo, soluble en alcohol, y una especie de principio tánico, sin que precisamente sea el ácido tánico propiamente dicho.

La manera más eficaz de administrar este medicamento es una maceración de las hojas en vino generoso, Oporto, Madeira, Málaga o Malvasía, pues resulta un licor agradable y el vino disuelve lo soluble en alcohol y lo soluble en agua.

Para las úlceras, pústulas, tumores, etc., el extracto fluido, o bien una pomada a base de vaselina, es la forma más indicada.

La dosis que se toma del vino debe ser (dos o tres veces por día) de una copa de las de tomar Burdeos. Puede tomarse más, pues tiene la particularidad de ser completamente inofensivo. Un individuo sano puede beberse una botella sin experimentar síntoma alguno, más que cierto bienestar y aumento de energía.

En los casos de vómito negro surte un efecto excelente el tomar el vino con hielo, como en los de disentería ó cólera. En

los de fiebres malignas y tifus se aumenta la eficacia con zumo de limón o con un poco de ácido cítrico.

A veces obra con lentitud: en estos casos hay que aumentar la dosis. En algún caso raro, a las dos o tres horas de tomado aumenta un poco el calor del cuerpo; pero dos horas después baja paulatinamente hasta desaparecer la fiebre, según afirma el Dr. James Thompson; y asegura éste que obra también como preservativo, tomando una copa cual un vermuth antes de cada comida.

A lo que parece, pues, aquí estamos en presencia de un medicamento natural, vegetal, por el estilo de la quina, de la coca, del opio, etc., pero de mayor extensión en su poder curativo, y nuevo, tan nuevo, que aun no está bien estudiado, pudiéndose determinar de él solo (y es inmenso) que cura las enfermedades infecciosas en breve plazo.

Pero ¿cómo? ¿Cura matando los microbios patógenos? ¿Cura neutralizando las toxinas? ¿Cura reforzando, vigorizando los tejidos o la sangre, a fin de que los elementos patógenos orgánicos sean impotentes, y el individuo inmune? Según opinan algunos prácticos norteamericanos e ingleses, es de esta última manera como obra el «Samba». Thompson afirma que el extracto fluido vertido en un líquido lleno de cultivos del microbio del tifus o del de la fiebre amarilla los mata o los paraliza.

La cosa está aún estudiándose y merece estudiarse. Lo que resulta cierto son sus efectos.

Quien esto transcribe tomó el «Samba» ya muy entrado en el período agónico, habiendo en pocas horas experimentado, con asombro del médico, un descenso en la temperatura de tres grados y décimas, salvándose de una muerte inevitable,

para poder recomendar el medicamento, hasta el presente con éxito, a cuantas personas de su conocimiento han sido atacadas de fiebre tifoidea.

EL EXPERIMENTO DEL DOCTOR HEIDEGGER

Aquel hombre rarísimo, el viejo doctor Heidegger, invitó una vez a cuatro venerables amigos a pasar con él un rato en su laboratorio. Eran tres caballeros de barba blanca: Mr. Medbourne, el coronel Killigrew y Mr. Gascoigne, y una dama asaz marchita, que se llamaba la viuda Wycherly. Eran todos personas de edad y melancólicos, que habían sido infortunados en vida, y cuya mayor desgracia era no haberse muerto tiempo atrás. Mr. Medbourne había sido en la flor de su vida un próspero comerciante, pero lo había perdido todo en una descabellada especulación, y ahora poco le faltaba para ser un mendigo. El coronel Killigrew había disipado sus mejores años, su salud y su vigor en busca de pecaminosos placeres, que le habían ocasionado multitud de alifafes, como la gota y varios otros tormentos del alma y del cuerpo. Mr. Gascoigne era un político



11—Traje de jerga



12—Traje para doncella de honor

fracasado, hombre de mala reputación, o por lo menos la había tenido hasta que el tiempo le había apartado del trato de la presente generación, obscuriendo su nombre en vez de infamarlo. En cuanto a la viuda Wycherly, nos dice la tradición que en sus buenos años fué una gran beldad; pero hacía mucho tiempo que vivía en completo aislamiento por causa de ciertos rumores escandalosos que habían predispuesto a la gente en contra suya. Conviene saber que esos tres caballeros, Mr. Medbourne, el coronel Killigrew y Mr. Gascoigne habían sido novios de la viuda Wycherly, y una vez estuvieron a

punto de romperse la cabeza unos a otros por causa de ella. Y antes de pasar adelante, indicaré someramente que el doctor Heidegger y sus cuatro convidados algunas veces perdieron la chaveta—como suele suceder a las personas de mucha edad cuando están preocupadas por disgustos recientes o por recuerdos desagradables.

—Queridos amigos, dijo el doctor Heidegger, indicándoles que se sentasen; deseo vuestra ayuda para

hacer uno de los experimentos con que suelo entretenerme aquí en mi laboratorio.

Si es verdad todo lo que de él se cuenta, el laboratorio del doctor Heidegger debía de ser un aposento sumamente curioso. Era un cuarto oscuro, anticuado, con telarañas por colgaduras y cubierto de polvo. A lo largo de las paredes había algunos estantes de libros, cuyos anaqueles inferiores estaban atestados de descomunales infolios y tomos en cuarto mayor, mientras que los superiores estaban llenos de duodécimas en pergamino. Sobre el estante central había un busto de bronce de Hipócrates, con el cual, según algunas autoridades, el doctor Heidegger acostumbraba a celebrar consultas en los casos más graves de sus enfermos. En el rincón más oscuro de la habitación veíase un armario de roble, alto y estrecho, con la puerta abierta, y dentro del cual apenas se divisaba un esqueleto. Entre dos de los estantes de libros había colgado un espejo, cuya empolvada luna rodeaba un marco dorado, viejo y deslucido. Entre las muchas cosas maravillosas que se contaban de ese espejo, decíase que los espíritus de todos los pacientes que habían muerto a manos del doctor, estaban allí encerrados y se le aparecían cuando él se miraba al espejo. Adornaba el otro extremo del aposento el retrato de cuerpo entero de una señorita, engalanada con un magnífico traje de seda, raso y brocado muy descolorido, y con un rostro tan mustio como el vestido. Medio siglo atrás, el doctor Heidegger estuvo a punto de casarse con esa señorita; pero, sintiéndose algo indisputada, tomó una medicina que le recetó su novio, y murió en la víspera de su boda. La mayor curiosidad del laboratorio queda aún por describir: era un inmenso libro de a folio con cubiertas de cuero negro y macizos broches de plata. No había letras en el lomo y nadie sabía el título de tan extraño libro. Pero sí se sabía que era un libro de magia; y una vez, cuando una camarera lo levantó para quitarle el polvo, crujieron los huesos del esqueleto en el armario; el retrato de la señorita adelantó un paso fuera del marco; varias caras cadavéricas habían aparecido en el espejo; mientras que la cabeza de bronce de Hipócrates frunció el ceño y gritó: «¡Deténte!»

Tal era el laboratorio del doctor Heidegger. En la tarde de verano de nuestra narración, había en el centro de la estancia una pequeña mesa redonda, negra como el ébano, en la cual descansaba un gran vaso de cristal tallado, de hermosa forma y primorosa mano de obra.

Un rayo de sol que entraba por la ventana y por entre los paños de una cortina de damasco viejo, daba de lleno en el vaso de cristal, de tal modo, que éste reflejaba un suave resplandor sobre los pálidos semblantes de las cinco personas que estaban sentadas en derredor. Había además sobre la mesa cuatro copas de champaña.

—Queridos amigos míos, repitió el doctor Heidegger; ¿puedo contar con vuestra ayuda para hacer un experimento excesivamente curioso?

Este doctor Heidegger era un viejo muy raro, cuyas excentricidades habían dado pie a un sinnúmero de cuentos fantásticos. Algunas de estas fábulas, con vergüenza lo digo, tal vez tengan su origen en mi veraz inventiva; y si algunos de los incidentes de la historia que voy a relatar ponen en sobresalto la credulidad de mis lectores, habré de contentarme con llevar el estigma de embustero.

Cuando los cuatro amigos del doctor le oyeron hablar de su proyectado experimento, no esperaban nada más sorprendente que la muerte de un ratón en una campana neumática, o la inspección de una telaraña con el microscopio, o alguna tontería semejante con que constantemente solía dar la lata a sus íntimos amigos. Pero sin esperar a que le contestasen, el doctor Heidegger atravesó la estancia y volvió con el voluminoso libro de cuero negro, que la gente aseguraba que era un libro de magia. Desprendiendo los broches de plata, abrió el tomo y de entre sus hojas sacó una rosa, si bien ahora las hojas verdes y los pétalos rojos habían adquirido un matiz pardo, y la antigua flor parecía que iba a desahacerse en polvo entre las manos del médico.

—Esta rosa, dijo el doctor Heidegger, lanzando un suspiro; esta misma flor marchita y deleznable



Pl. 1541

Gaston DROUET, Editeur

EL SALON DE LA MODA

Reproduction Prohibida

Montaner y Simon Editores Barcelona

XXIX-807

ESTREÑIMIENTO SUPOSITORIOS CHAUMEL

para Adultos, y para Niños.
Infalibles; efecto producido en media hora.
FUMOUE - PARIS, y en todas las Farmacias del Globo

Ayuntamiento de Madrid



La "CRÈME SIMON", Es un producto maravilloso para el cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo a la "Crème Simon".



13—Traje de novia

14—Traje para señora de edad

15—Traje de señora joven

floreció hace cincuenta y cinco años. Me la dió Silvia Ward, cuyo retrato podéis ver ahí, y yo me proponía llevarla en el ojal el día de la boda. Por espacio de cincuenta y cinco años la he conservado entre las hojas de este viejo libro. Ahora bien; ¿creéis posible que esta rosa de medio siglo vuelva a su antigua lozanía?

—¡Imposible!, dijo la viuda Wycherly con acritud. Lo mismo podría usted preguntar si la cara arrugada de una vieja puede recobrar su tersura.

—Mirad, dijo el doctor Heidegger.

Destapó el vaso y echó la rosa marchita en el agua que contenía. Al principio quedó flotando suavemente sobre la superficie, sin que al parecer se impregnase de humedad alguna. No tardó, sin embargo, en verse un cambio notable. Los pétalos ajados y secos se agitaron, y adquirieron un subido

matiz rojo, como si la flor reviviese después de un sueño de muerte; el delicado tallo y las hojas se volvieron verdes; y allí estaba la rosa de medio siglo tan fresca y lozana como cuando Silvia Ward se la dió a su novio. No estaba del todo abierta; algunos de sus delicados pétalos rojos rodeaban modestamente el seno de la flor, en el que brillaban dos o tres gotas de rocío.

—Ciertamente es una bonita ilusión, dijeron los amigos del doctor con cierta indiferencia, pues ha-

bían visto suertes más sorprendentes hechas por algunos prestidigitadores. Díganos en qué consiste la trampa.

—¿No han oído ustedes nunca, preguntó el doctor Heidegger, hablar de la Fuente de Juventud, que hace dos o tres siglos iba buscando el explorador español Ponce de León?

—Pero ¿la encontró Ponce de León?, preguntó la Wycherly.

—No, contestó el doctor Heidegger, porque no la buscó donde podía encontrarla. La famosa Fuente de Juventud, si mis informes son exactos, está situada en la parte meridional de la península de la Florida no lejos del lago Macaco. Somborean su manantial unas gigantescas magnolias que, no obstante contar muchos siglos de existencia, se mantienen tan frescas como violetas por la virtud de esa agua maravillosa. Uno de mis amigos, sabiendo la curiosidad que tengo por esas cosas, me ha enviado el agua que veis en este vaso.

—¡Ejem!, exclamó el coronel Killegrew, que no creía una palabra de lo que decía el doctor; ¿qué efecto podrá tener esta agua en el cuerpo humano?

—Va usted a juzgar por sí mismo, mi querido coronel, repuso el doctor Heidegger; y todos ustedes, mis respetables amigos, pueden hacer uso de este admirable líquido para que les devuelva la frescura de la juventud. Por mi parte, he tenido tanto trabajo en llegar a viejo, que no me importa volver a ser joven. Con su permiso, pues, no haré más que observar el progreso de este experimento.

Mientras hablaba, el doctor Heidegger había llenado las copas de champaña con el agua de Fuente de Juventud. Al parecer estaba impregnada de un gas efervescente, puesto que del fondo de las copas subían unas burbujitas que rompían la superficie en una espuma plateada. Como el licor esparcía un agradable perfume, aquellos viejos no dudaban que tuviese propiedades cordiales y confortantes; y aun cuando no creían en su poder rejuvenecedor, se sintieron inclinados a beberlo en el acto. Pero el doctor Heidegger les rogó que esperasen un momento.

—Antes de beber, queridos amigos míos, les dijo, bueno será que, guiados por la experiencia de una larga vida, se tracen ustedes unas cuantas reglas generales que les sirvan de norma al arrostrar de nuevo los peligros de la juventud. Piensen ustedes qué pecado y qué vergüenza tan grande sería si, con las ventajas especiales de que ustedes gozan, no llegasen a ser modelos de virtud y de sabiduría para edificación de los jóvenes de la generación que avanza.

Los cuatro venerables amigos del doctor nada contestaron, limitándose a expresar con una ligera y burlona risa lo ridícula que les parecía la idea de que, sabiendo que el error va seguido del arrepentimiento, pudiesen ellos volver a descarriarse.

—Ya pueden ustedes beber, dijo el doctor con una reverencia: me regocijo de haber hecho tan buena selección para mi experimento.

Con las manos trémulas llevaron las copas a sus labios. Si ese licor poseía realmente la virtud que le atribuía el doctor Heidegger, no pudo haberse propinado a cuatro seres humanos que más lo necesitasen.

Parecía como si nunca hubiesen sabido lo que eran la juventud y el placer, sino que los hubiese creado la Naturaleza en su decrepitud y hubiesen sido siempre las criaturas canosas, viejas, secas, que allí estaban sentadas y encorvadas alrededor de la mesa del médico, sin bastante vida en el alma o en el cuerpo para animarse ante la perspectiva de volver a ser jóvenes. Apuraron el agua y repusieron las copas sobre la mesa.

Seguramente hubo una mejoría casi inmediata en el aspecto de aquellos señores, algo parecido al que hubiera podido producirles un trago de vino generoso, junto con un rayo vivificante de sol que les hiciese resplandecer el semblante. Difundióse por sus mejillas un color sano, en vez del cárdeno matiz que les daba un aspecto cadavérico. Miráronse unos a otros, e imaginaron que algún mágico poder había realmente empezado a suavizar las hondas y tristes impresiones que el Padre Tiempo había estado grabando en sus rostros durante tantos años. La viuda Wycherly se arregló la cofia, porque casi se creía otra mujer.

—Denos usted un poco más de esta agua maravillosa, gritaron todos con efusión. Nos sentimos más jóvenes, pero todavía somos demasiado viejos. ¡Pronto! Dadnos más agua.

—¡Paciencia, paciencia!, dijo el doctor Heidegger, que estaba observando el experimento con calma filosófica. Han tardado ustedes mucho en llegar a viejos, y bien pueden contentarse con rejuvenecer en media hora. Pero el agua está a la disposición de ustedes.

Volvió a llenar las copas con el licor de juventud, y todavía quedó en el vaso bastante agua para que la mitad de los viejos del pueblo volviesen a la edad de sus nietecitos.

Mientras las burbujas del agua se esparcían por la superficie, los amigos del doctor cogieron las copas de la mesa y las apuraron de un golpe.

¿Era ilusión? Mientras el líquido pasaba por sus gargantas parecía producir un cambio en toda su naturaleza. Sus ojos tornáronse más claros y brillantes, sus plateados cabellos asumieron un color oscuro, y en torno de aquella mesa veíanse tres caballeros de mediana edad y una mujer frescachona.

—¡Querida viuda, está usted encantadora!, exclamó el coronel Killegrew, que había estado fijando en ella su mirada, mientras que desaparecían del rostro de la viuda las sombras de la edad como se disipan las de la noche al despuntar el día.

De antiguo sabía la hermosa viuda que los piropos del coronel Killegrew no siempre se ajustaban a la verdad; así fué que se levantó, corrió al espejo, temiendo aún ver reflejado en él el rostro de una vieja. Entre tanto, los tres caballeros se conducían de tal modo, que indicaba que el agua de juventud tenía propiedades embriagadoras, a no ser que el alborozo de esos señores fuese tan sólo un ligero mareo causado por sentirse repentinamente aligerados del peso de los años.

La mente de Mr. Gascoigne discurría sobre asuntos políticos, pero difícil era precisar si se relacionaban sus discursos con hechos pasados, presentes o futuros, puesto que las mismas ideas y las mismas frases han estado en boga durante medio siglo. Ora se arrancaba a voz en cuello con párrafos sobre el patriotismo, las glorias nacionales y los derechos del pueblo; ora murmuraba algunos conceptos peligrosos con gesto socarrón, y en voz tan baja y cautelosa que ni su misma conciencia podía a duras penas enterarse del secreto; ora también peroraba con palabras mesuradas y en tono respetuoso, como si oídos regios escuchasen sus bien redondeados períodos.

El coronel Killegrew, durante este tiempo, había estado entonando un alegre canto báquico y haciendo sonar su copa a compás del coro, mientras dirigía sus miradas hacia la rozagante figura de la viuda.

Sentado al otro lado de la mesa, Mr. Medbourne estaba enfrascado en un cálculo de dólares y centavos, en el que había involucrado un raro proyecto para llevar hielo a las Indias por medio de ballenas enganchadas a grandes témpanos polares.

En cuanto a la viuda Wycherly, se estaba ante el espejo haciendo reverencias y zalemas a su propia imagen, a la que saludaba como si fuese la amiga que más quería en el mundo. Aproximaba su rostro a la luna del espejo para cerciorarse de que había desaparecido alguna arruga o pata de gallo de larga fecha. Miraba si la nieve de sus cabellos se había enteramente derretido, de modo que pudiera quitarse sin temor la cofia. Por fin, dando una vuelta rápida, se acercó, casi danzando, a la mesa del doctor.

—Mi querido doctor, exclamó; hágame el favor de darme otra copa.

—¡De mil amores, mi buena amiga, de mil amores!, dijo el doctor muy complaciente. Vea usted: ya llené las copas.

Y, en efecto, allí estaban las cuatro copas, repletas, hasta el borde, de esa agua maravillosa, cuya chispeante espuma bullía en la superficie con el trémulo fulgor de los diamantes. Era ya tan cerca de la puesta del sol, que reinaba en el aposento la mayor oscuridad; pero del centro del vaso emanaba un resplandor tenue, como la luz de la luna, que iluminaba a la vez a los cuatro convidados y la venerable figura del doctor. Estaba éste sentado en un sillón

de roble, de alto respaldar y de primorosa talla, con un gesto de tan severa dignidad, que hubiera sentado bien al Padre Tiempo, cuyo poder nadie había impugnado, fuera de ese afortunado grupo. Aun en el acto de apurar el tercer trago de agua de la Fuente de Juventud, se sintieron casi aterrados por la misteriosa expresión de su semblante.

Pero, poco a poco, un effluvio estimulante de nueva vida circuló por sus venas. Estaban ahora en pleno vigor de la juventud. Sólo se acordaban de la vejez y de su miserable séquito de cuidados, de tristezas y de achaques, como una pesadilla, de la que se habían despertado con júbilo. El vivísimo lustre del espíritu que habían perdido tan pronto, y sin el cual todas las sucesivas escenas del mundo no habían sido otra cosa que una galería de cuadros descoloridos, volvían de nuevo a prestar su encanto a todo cuanto veían. Sentíanse como seres recién creados en un recién creado universo.

—¡Somos jóvenes! ¡Somos jóvenes!, gritaban con alborozo.

La juventud, lo mismo que la edad extrema, había borrado los rasgos más característicos de la mediana edad y los había asimilado a todos mutuamente. Era ese un grupo de alegres jovencuelos casi enloquecidos por la exuberante travesura de sus años. El efecto más singular de su júbilo fué el impulso de burlarse de los achaques y la decrepitud de que antes habían sido víctimas. Se reían con estrépito de sus trajes anticuados, de las casacas de anchos faldones y de las chupas solapadas de los jóvenes, así como de la vieja cofia y del vestido de la retozona muchacha. El uno renqueaba por la habitación, imitando a un viejo gotoso; otro se montaba un par de espejuelos en la nariz y hacía como que leía las páginas del libro negro de magia; el tercero se sentó en un sillón y trató de imitar la grave dignidad del doctor Heidegger.

Después gritaron todos alegremente y empezaron a saltar por el aposento. La viuda Wycherly—si es que puede darse el nombre de viuda a una muchacha pizpireta—fué saltando hasta la silla del doctor con aire regocijado y picaresco.

—Querido doctor de mi alma, dijo; levántese usted y venga a bailar conmigo.

Y entonces los cuatro jóvenes se echaron a reír a mandíbula batiente, al pensar en la ridícula figura que haría el viejo doctor bailando.

—Dispénsenme ustedes, dijo el médico con calma; soy ya viejo y reumático y hace ya tiempo que he dejado de bailar. Pero cualquiera de esos jóvenes galantes tendrá gusto en bailar con tan linda compañera.

—Baile usted conmigo, Clara, dijo el coronel Killegrew.

—No, no; yo seré su pareja, gritó Mr. Gascoigne. Ella me ofreció su mano hace cincuenta años, exclamó Mr. Medbourne.

Todos la rodearon. Uno la cogió por ambas manos, con un apretón apasionado; otro la rodeó le cintura con el brazo; el tercero le acarició con su mano los sedosos bucles.

Ruborizada, sin aliento, defendiéndose, increpándoles, riéndose; rozando, por turno, con su cálido aliento los rostros de sus adoradores, luchaba para librarse de ellos y, sin embargo, quedaba aprisionada en su triple abrazo. Nunca se vió un cuadro más animado de juvenil rivalidad para conseguir el premio de una encantadora belleza. Sin embargo, por una extraña ilusión óptica, debida a la obscuridad del aposento y a los trajes antiguos que aun llevaban, dícese que el alto espejo reflejaban las imágenes de tres ancianos canosos y arrugados, disputándose ridículamente la flaca fealdad de una vieja escuchizada.

Pero eran jóvenes: su ardiente pasión lo demostraba. Excitados hasta la locura por la coquetería de la doncella viuda, que ni concedía ni negaba sus favores, los tres rivales empezaron a cambiar miradas amenazadoras.

Sin soltar su hermosa presa, se agarraron unos a otros, con ferocidad, por el pescuezo.

Mientras luchaban de un lado para otro se volcó la mesa, y el vaso de cristal se hizo mil añicos. La preciosa agua de Juventud corrió como un hilo brillante por el suelo, humedeciendo las alas de una mariposa que, habiendo envejecido al declinar el es-

tío, se había posado en el suelo para morir. El insecto revoloteó ligeramente por la habitación y descendió sobre la nítida cabeza del doctor Heidegger.

—¡Vamos, vamos, caballeros! ¡Vamos, señora Wycherly!, exclamó el doctor. Debo protestar contra esta pelea.

Se detuvieron y temblaron; porque parecía como si el Tiempo los arrancase de su soleada juventud para arrojarlos al fondo del rígido y oscuro valle de la vejez. Dirigieron una mirada al doctor Heidegger, que estaba sentado en su sillón de talla, teniendo en la mano la rosa de medio siglo, que había recogido de entre los fragmentos del vaso roto. A una señal de su mano sentáronse los cuatro alborotadores de muy buena gana, porque su violento ejercicio los había fatigado, aun siendo tan jóvenes.

—¡Pobre rosa de mi Silvia!, exclamó el doctor Heidegger, contemplándola a la luz del sol poniente. ¡Parece marchitarse de nuevo!

Y, en efecto, así era: mientras los presentes la miraban, la flor seguía poniéndose mustia, hasta quedar seca y frágil, como cuando el doctor la echó en el jarro. Sacudió las pocas gotas de humedad que había en sus pétalos.

—La quiero tanto así, como en su lozanía, dijo, llevando la rosa marchita a sus marchitos labios.

Mientras hablaba, la mariposa se desprendió, alejándose, de la blanca cabellera del doctor y cayó muerta.

Los amigos sintieron de nuevo escalofríos. Una extraña frialdad, que no sabían si era del cuerpo o del espíritu, se iba apoderando gradualmente de todos ellos. Se miraban unos a otros y parecían que cada momento que pasaba les iba arrebatando algún encanto y dejaba un hondo surco donde antes no lo había. ¿Era ilusión? ¿Habíanse agrupado en tan breve espacio de tiempo todos los cambios de una vida entera y eran ahora nuevamente cuatro ancianos sentados junto al doctor Heidegger?

—¿Hemos vuelto a envejecer tan pronto?, gritaron quejumbrosamente.

Así era, en verdad. El agua de Juventud sólo tenía un poder más efímero que el del vino. El delirio que produjo se había desvanecido. ¡Sí; volvían a ser viejos! Con un estremecimiento que revelaba el impulso de una mujer, la viuda se cubrió la faz con ambas manos, deseando que fuesen la tapa del ataúd ya que no podía volver a ser hermosa.

—Sí, amigos, otra vez sois viejos, dijo el doctor Heidegger; y mirad: el agua de Juventud se ha derramado por el suelo. Está bien; no lo siento; pues aun cuando el mismo manantial se hallase junto a mi puerta, no me bajaría a humedecer mis labios en él. No; ni aun cuando el delirio que me produjese durase muchas años en vez de unos minutos. ¡Tan dura es la lección que me habéis dado!

Pero los cuatro amigos del doctor no sacaron de la lección provecho alguno. En el acto determinaron hacer un viaje a la Florida, y beber, mañana, tarde y noche, el agua de la Fuente de Juventud.

NATANIEL HAWTHORNE

NOTA DEL AUTOR. —En una Revista inglesa se me acusaba de haber plagiado la idea de este cuento de un capítulo de una de las novelas de Alejandro Dumas. Indudablemente, uno de los dos ha cometido un plagio; pero como mi cuento fué escrito veinte años antes que la novela, me complazco en pensar que Mr. Dumas me hizo el honor de apropiarse una de las fantásticas concepciones de mis verdes años. Cordialmente se la cedo; y no es ésta la primera vez que el gran novelista francés ha ejercido el privilegio de su dominante ingenio, confiscando la propiedad intelectual de autores menos favorecidos, para su propio uso y provecho.

PENSAMIENTOS

Hacer mal una obra buena es peor que dejarla de hacer.

P. FABER

Las palabras son como la moneda; por su sonido se distinguen las falsas de las verdaderas.

MAURICIO CHOPPY

No diga tu lengua cosa alguna de que pueda arrepentirse tu corazón.

SOLÓN

Los contemporáneos prodigan los elogios: la posteridad hace justicia.

DUCLÓS

La licencia nos conduce a la depravación. La licencia de las palabras nos lleva a la de las acciones.

LABOUISSÉ

La huérfana de Dordrecht

NOVELA DE

M. FILIBERTO DE AUDEBAND

(Continuación)

Jacobo obedeció sin replicar palabra, y se retiró a Rochester. Un pensamiento cruel le asediaba a todas horas.

—¿Qué va ser de la reina y del príncipe de Gales?, repetía sin cesar.

Al día siguiente, en tanto que repetía estas palabras por milésima vez, oyó llamar muy quedito a la puerta de su cuarto.

—¿Quién anda ahí?, preguntó.

—Un amigo.

El rey abrió la puerta y se encontró efectivamente con el conde de Lauzun.

—Señor, le dijo éste, el rey Luis XIV, mi augusto amo, me envía aquí a fin de facilitar la evasión de V. M. y de su Real familia. Una vez en Francia, el rey tratará de salir a defender vuestros derechos; por lo pronto, no debe tratarse de otra cosa que de salvarlos.

Pocos momentos después se había decidido que la reina y el príncipe marchasen los primeros, bajo la salvaguardia del caballero francés; hecho esto, la fuga del rey era más fácil, y no había que vencer tantos obstáculos.

—Señor conde, dijo Jacobo llorando, aquí tenéis a la reina; milord de Powitz ha traído secretamente al príncipe de Gales a una mala casucha del arrabal de Londres en donde le tiene escondido. Id a buscarle allí acompañado de la reina. Yo confío el príncipe y su madre a vuestra lealtad; no los abandonéis hasta haberlos dejado en poder del rey, vuestro augusto amo.

El conde de Lauzun hizo un saludo, y sin volver otra respuesta, puso la mano sobre el puño de su espada.

Después de esta trágica despedida, la reina subió en un coche; y habiéndose sentado a su lado el conde, los dos se dirigieron a la casa del arrabal donde estaba oculto el infante con su ama de leche y una de las niñeras. El coche de que se sirvieron para fugarse era el del embajador de Francia. Este carruaje condujo a los ilustres fugitivos por las orillas del Támesis hasta cerca de Westminster, donde el conde de Lauzun tenía ya preparado un batelero católico, en cuya discreción podía confiar, que estaba aguardando a la familia Real fugitiva. La noche estaba muy oscura. Llovía a cántaros; y el río que iba creciendo a causa de la tempestad, rugía espantosamente. Sin embargo, el batel lo atravesó con tal rapidez, que tocó en la orilla opuesta antes que llegase a ella el carruaje que el conde Lauzun había mandado acudir allí para conducir a los augustos proscritos.

—¡Caballero!, ¡nos van a sorprender!, exclamaba a cada instante la princesa.

—¡Dios vela por vos, señora!, respondía el conde. ¡Valor!...

En tanto que el conde fué a buscar al cocher, que estaba muy descuidado echando un trago en una taberna que distaba de allí unos cien pasos, la princesa se quedó aguardándole, y permaneció más de un cuarto de hora con los pies en el barro y sufriendo la lluvia que caía a torrentes encima de ella. El tabernero, que vio entrar en su casa un extranjero de un aspecto tan hermoso como el de Lauzun, sospechó que en aquella venida a horas tan intempestivas iba envuelto algún misterio; y movido de curiosidad cogió un farol y se empeñó en acompañarle

hasta las orillas del Támesis, para averiguar lo que pudiera. Pero un criado del conde, fingiendo que había tropezado, se dejó caer sobre el farol y lo apagó, con lo cual aquel curioso impertinente quedó burlado en su intento. Furioso el tabernero inglés en vista de aquel contratiempo inesperado, quiso emprender a puñetazos con el francés; pero Lauzun, poniéndole en la mano diez luises de oro:

—¡Toma, bribón!... le dijo, ¡vete a tu casa a dormir y cuidado con la lengua!...

El carruaje partió en seguida. A unos veinte minutos de distancia estaba aguardando el marqués de San Victor con tres caballeros más, todos ellos bien montados y armados. Estos señores escoltaron a los fugitivos, que hicieron su viaje casi sin peligro, aunque en una alarma continua. Era muy difícil que una marcha de semejante naturaleza no tuviese todos los visos de una fuga; y en los momentos de que tratamos, a todo el que huía se le tenía, y con razón, por católico. Más de una vez oyó la reina durante aquella terrible noche a los carreteros que gritaban al ver el carruaje:

—¡Esos serán algunos papistas; es preciso asesinarlos!...

Sin embargo, la escolta que llevaba la Familia Real impidió que las amenazas pasasen a hechos. Por fin, los fugitivos llegaron al día siguiente a las siete de la mañana a un paraje en donde los aguardaba un *yacht*, cuyo capitán ignoraba absolutamente quiénes eran las personas que debía recibir a bordo. La reina cubierta con un gran velo y con su hijo debajo del brazo como si fuese un paquete, se metió en seguida en un rincón de la embarcación.

Al cabo de unos diez minutos de bogar, el capitán, acercándose a Lauzun, le dijo:

—¡Señor conde!, veo un misterio en todo lo que nos rodea que me alegraría mucho saber.

—Voy a revelárselo ahora mismo, contestó el conde, desenvainando al mismo tiempo la espada.

—Esa señora, que está ahí escondida, y a quien yo voy acompañando, es la reina de Inglaterra. Si después de lo que os he dicho, tuvieseis la desgracia de mandar una falsa maniobra, yo, que estoy muy alerta, os envaso en seguida. ¿Qué es lo que pensáis hacer en vista de lo que acabo de deciros?

—Dirigir el rumbo a Calais.

—¡En hora buena!...

En efecto, a eso de las cinco de la tarde el *yacht* se hallaba a la altura de las Dunas, cerca del punto que había indicado el capitán. Por una rara y feliz casualidad, el príncipe de Gales, que no tenía sino seis meses, no lloró siquiera una vez en toda la travesía. En cuanto el buque echó el ancla, cesó el silencio del infante, sin duda porque empezó a sentir necesidad: la reina se lo entregó entonces al ama, y el capitán al ver esto, se quitó respetuosamente el sombrero saludando al Real niño.

—¡Señora!, dijo entonces dirigiéndose a la reina, probablemente me ahorcarán en cuanto vuelva a Inglaterra, pero no importa; me tengo por muy dichoso en haber contribuido a salvar a V. M.

—¡Caballero!, respondió la princesa, si la esposa de Jacobo II vuelve algún día a Londres, la reina sabrá pagar la deuda que ha contraído con vos la madre del príncipe de Gales.

(Concluirá.)

RECETAS CULINARIAS

Potaje de garbanzos

Se cogen buenos garbanzos castellanos o de Saúco y se ponen a remojar durante siete u ocho horas. Si fueren muy duros, se pone en el agua una muñequita con sal de cocina o con sal rosa blanca. Se cuecen luego los garbanzos con un poco de aceite crudo, se les echa cebolla frita con un poco de ajo y se añaden unas cuantas espinacas. Se sazona con sal solamente, a pesar de que en Extremadura y en muchas otras provincias le echan también pimentón. Si se quisiera espesar este potaje, un poco antes de terminar la cocción se le echará dos yemas de huevo, aunque también se puede espesar echándole arroz.

Pollo al asador

El pollo no debe ponerse al asador sino después de prepararlo y sofomado escrupulosamente. Se cubre con un papel blanco (o de estraza) engrasado con manteca. Unos minutos antes de la completa cocción se quita el referido papel, y cuando el ave ya haya adquirido un bonito color dorado y se conozca que está en buen punto, se saca. Se sirve caliente, pero es de advertir que más vale comerlo después de cinco o seis horas.

Usando, usando la **PECA-CURA**, se obtiene un cutis suave, blanco, diáfano, fresco, sedoso, mórbido, sin arrugas, sin pecas, sin granos.

La **PECA-CURA**

es a base de glicerina y jugo de cohombro fresco. La **PECA-CURA** está indicada, en verano, contra los rigores del sol y en invierno para curar y evitar grietas, sabañones, cortes, etc.

¡SIEMPRE 20 AÑOS! usando la **PECA-CURA**

VENTA: Perfumerías, Droguerías y Farmacias

INVENTORES: Cortés Hermanos.—Barcelona

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE** Curadas por el único inalterable.—Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, París

EL INGENIOSO HIDALGO **Don Quijote de la Mancha**

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Los magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona



ANEMIA
DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
Todos los Medicos proclaman que
el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)
a la Hemoglobina
CURAN SIEMPRE

HISTORIA GENERAL de FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

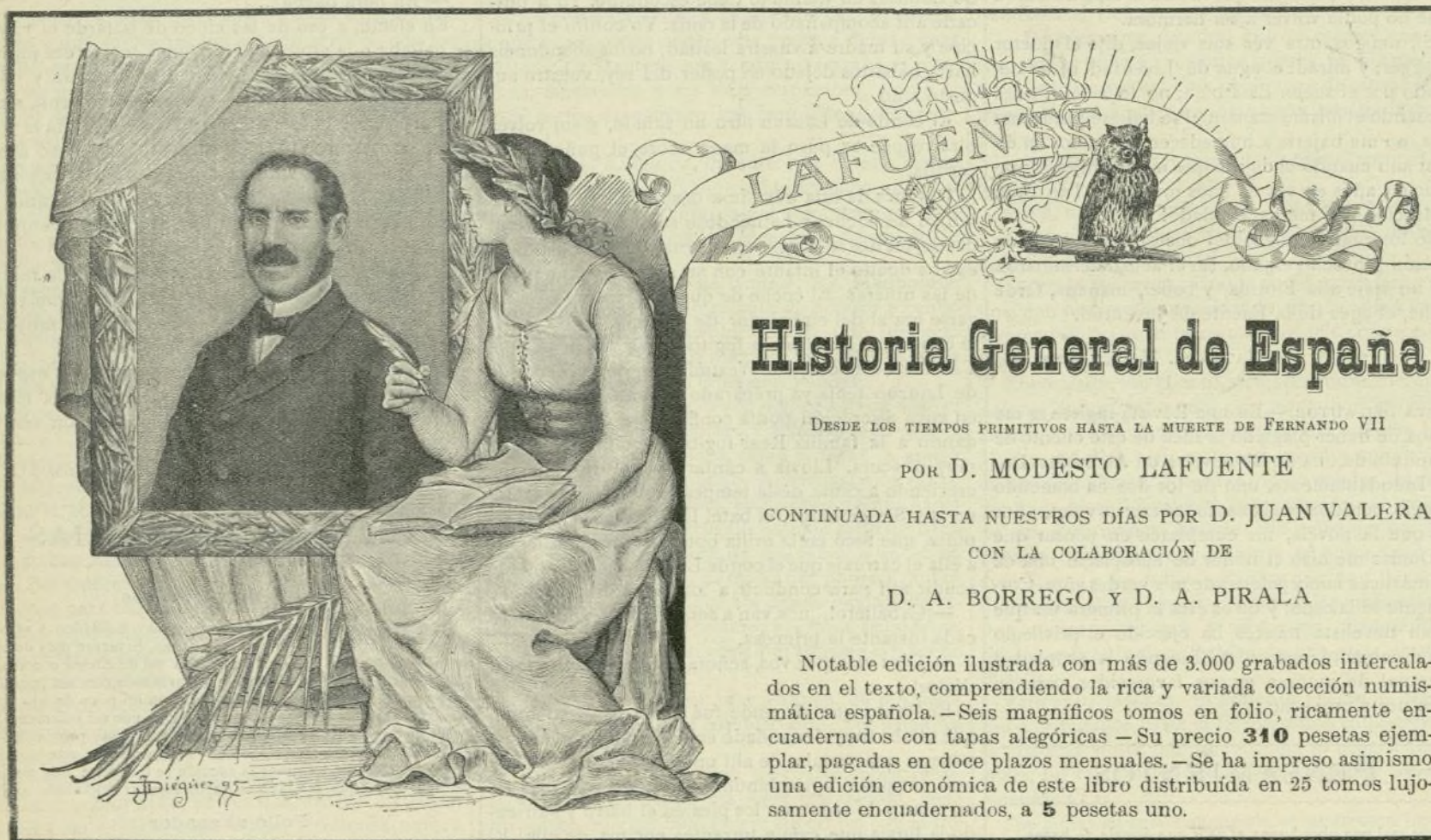
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Lavando la ropa blanca
con la primitiva Lejía
líquida marca

CONEJO

embotellada
se consigue limpieza
blancura y desinfección

REHUSAR LAS BOTE-
LLAS DESTAPADAS



Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII
POR D. MODESTO LAFUENTE
CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA
CON LA COLABORACIÓN DE
D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas — Su precio 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a 5 pesetas uno.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplease el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN